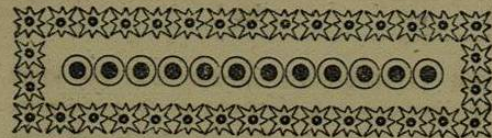


do? Y luego, sus trabajos, con alusiones á cosas y personas, á objetos y sucesos ya pasados y olvidados ya, ¿se leerán con igual interés que cuando respondieron á la necesidad del día, á la sensación del momento, cuando fueron la nota verdadera, oportuna é insustituible? De alguien más que de los cómicos y cantantes debía Musset haberse acordado cuando escribió sus estancias á la Malíbran. Los periodistas son también voces que se extinguen y que cuando hablan á un público distinto del que los escuchó pasan tan desconocidos como si fueran seres de otro planeta.

Pero lo que nunca pasará porque representa una época feliz de transición — de transición del periodismo vetusto al moderno, es la silueta simpática del autor de *En revenant de la revue* y de tantas dichosas é intencionadas creaciones.



## UN CRÍTICO NOVELISTA.

**U**NA y otra vez he leído la obra de don Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias*, y una otra vez he quedado suspenso de que haya quien considere á tan hábil escritor un novelador y un novelador modernista.

Hay en el nuevo libro análisis muy minuciosos que recuerdan, guardadas las debidas distancias, *La Pantalla* ó *El escrupulo* de Bourget; estudios pasionales muy discretos que traen á la memoria á Maupassant, á Hennique y al mismo Zola; y chanfarrinadas grotescas que á quien evocan es al finado, truculento é intolerable señor de Bouchardy.

¿Por qué, pues, el señor Ceballos pasa como novelista de los de la última empolladura? Averígüelo Vargas, que yo opino que todo proviene de la causa porque

que se considera al Dante el primer poeta cristiano y á Homero el mayor poeta épico que haya nacido de madre: de que no se leen sus libros.

¿Qué tienen de modernistas, vamos al decir, *El caso de Pedro*, *Dos cartas*, *Instantánea* ó *el Rey de las gemas*? Porque me figuro que no es atributo exclusivo del modernismo pintar pasiones y sucesos sangrientos ó extravagantes, pues en tal caso modernistas hay y ha habido desde que la novela es novela.

El estudio sutil y complicado de la enrevesada alma contemporánea; los crímenes, las locuras y los horrores á que impulsa la hartazgo de civilización que los europeos se han propinado; las direcciones estafalarias que toma la conciencia en gentes que por juro de heredad poseen el desequilibrio de todas las facultades, constituyen el objeto de la novela novísima; pero si he de decir la verdad, nada de eso encuentro en el señor Ceballos.

En las obras de este literato hay mucha crudeza, mucho de llamar á las cosas por sus nombres de pila, mucho de referir lances un tanto verdes; pero esa labor paciente, minuciosa, fina de quien pesa las palabras, alambica las ideas y extrae de unas y otras un jugo quizás deletéreo, quizás mortífero, pero siempre exquisito, está á cien leguas de nuestro paisano.

Dije unos renglones arriba que el

se-

señor Ceballos recordaba á veces á los naturalistas y ello es cierto en cuanto que les toma lo burdo, lo mecánico de su procedimiento; pero de ningún modo porque imite de ellos el espíritu, la fuerza, lo hondo del procedimiento mismo. Como el tipo de Figaro, sabe la manera de vestir á los personajes: "siendo muy antiguo, siempre á la romana; si no es tan antiguo, á la antigua francesa, á la antigua española; según . . . ropilla, trusas, capacetes, acuchillados, etc." Por esto sus héroes son entes de razón, criaturas metafísicas, seres que viven no en este bajo planeta, sino en esferas supernas y extraterrestres. Simbolizan éste, la lascivia; aquel, la avaricia; esotro, la soberbia, y por eso los miramos como seres más malos y mejores que nosotros, pero no con los vicios, con las cualidades y con los defectos que poseemos los humanos. En vano se buscaría en esa colección de fantoches ya no una Eugenia Grandet, una Augusta Orozco ó una Renée, sino siquiera una Remedios Vena ó una Carmen Ortíz.

Las dichas y desventuras de los personajes podían relatarse como acontecidas en San Petersburgo ó en la Haya ó en Nueva York; y si no se tuviera cuidado de hacer notar que el caso se supone acaecido en México quedaríamos ignorando eternamente tal detalle. Tiempo hace que leí en otro libro del mismo escritor — *Claro Oscuro* — la descripción de una

or-

orgia de candil que si bien me tranquilizó por lo que se refería á las costumbres del autor, me dejó convencido de que no había tenido siquiera relaciones de amistad con quien hubiera ocurrido á los feos lugares en que tales abominaciones pasan.

En *Croquis* y *Sepias* obra este trozo digno de cualquier preciosa ridícula: "Verá usted, señorita, las tagarninas son de muy difícil manufactura, el uso de las tijeras lastima los metacarpos, el cuchillo hiere las puntas de los dedos, la espalda se encorva y los dolores de nuca son terribles. . . ." Al leer esto se piensa involuntariamente en Belisa ó Filaminta y se olvida á las estanqueras y torcedoras mexicanas, que no saben hablar en culto. . . .

x

En cambio, el señor Ceballos es quien mejor escribe de todos los jóvenes sus correligionarios. Su estilo es nervioso, firme, elegante á veces y á veces hasta cercano á los arrebatos líricos.

Lo cual no quiere decir que carezca de defectos, porque los tiene y enormes. Andan por allí un cuerpo *esqueletoso* á quien Dios debe dar buena manderecha para soportar la carga de esqueletos que se ha echado á cuestras; unas manos *fuseladas* capaces de causar espanto; una *mejor buena fe* positivamente admirable y un *agorromarse* que causaría convulsiones epiléptiformes al *Solitario* ó á Don Bartolo-

lo-

omé José Gallardo. Y esto amén de muchísimos otros pecadillos, de los cuales el menor bastaría para enviar á las calderas de Petruccelli della Gattina á quien los cometió.

x

El viejo Apuleyo refiere la historia de un mancebo que, enamorado de la criada de una famosa hechicera tesaliense vio alguna vez al ama convertirse en lechuza y volar á sus anchas por el espacio. El mozo, curioso además, quiso probar las mixturas con que la émula de la Camacha y la Montilla se untaba, y tomando el unguento que su amada Fotis le proporcionó, equivocando las drogas, se convirtió en asno que empezó por recibir una rociada de palos y acabó por pasar una serie de aventuras que mal año para las de Lazarillo.

Si viviéramos todavía en el tiempo de las Locustas, yo juraría sobre los santos evangelios que Don Ciro B. Ceballos, como el Lucio de la fábula alejandrina, había equivocado las mixturas y que, por convertirse en crítico, se había vuelto novelista corriente y moliente.

En efecto, Ceballos que escribe fábulas medianas y que se hace gran esfuerzo para aparecer autor de novelas conforme al *cabotinage* en uso, no es sino un crítico demasiado vehemente, demasiado falto de caridad para con el prójimo; pero

13

crí-

crítico al fin . . . *Archilochum proprio rabies armavit iambo* . . .

En el hampa delicuescente, que es una corporación cerrada donde, como entre los jesuitas, se obedece *perinde ac cadaver*, se han repartido los papeles á semejanza de las tragedias clásicas: Menipo, traidor; Alfeo, tirano; y así los otros. . . . Designose desde el principio á Ceballos para novelista y novelista es á pesar de todo y de todos.

Ha escrito, sin embargo, un estudio muy sugestivo acerca del poeta Valenzuela, otro muy exacto respecto del elegante Balbino Dávalos, y las notas colectivas (*summa contra gentiles*) que se han lanzado para anatematizar á los herejes que se apartan de la fe del *clan* en que el ducíl escritor se halla filiado. Ostentan esas obras el sentido artístico más claro, el conocimiento más amplio de las personas y las cosas, ideas originales y un entusiasmo tan sincero y tan hondo por lo que él juzga la verdad, que resulta simpático.

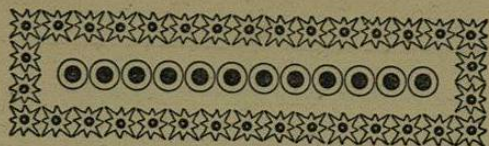
Entonces, cuando escribe de *re crítica*, su estilo es más brioso, más elegante y hasta más castigado que cuando luce los arreos de novelista. Entonces se halla en su terreno, en el terreno de quien discute, de quien demuestra, de quien siente la presencia del contrario y anticipa los argumentos, previene los ataques y se cubre con el escudo para evitar que el acero vigilante del que lo acecha penetre por la  
jun-

juntura de la coraza. Así resulta nerviosa, movida, fina su crítica y nueva su forma de exposición.

Claro que yo no estoy conforme con los horrores con que el señor Ceballos insulta á los burgueses. Si los infelices no comprenden ni catan los primores y quintas esencias que los poseedores de la verdad revelada pretenden hacerles pasar, tienen razón para exclamar como Sancho Panza cuando su amo le hacía saber que el bálsamo de Fierabrás le producía tantas ansias y bascas por no ser armado caballero. "Pues si eso sabía Vuestra Merced, maldito yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase?" O de otro modo, si somos tan ruines y para poco que nada llegamos á entender, aunque nos afanemos, de primores literarios ¿para qué nos los sirven? Y si á pesar de todo se empeñan en que los gustemos y sentimos con ellos trasudores y desmayos ¿por qué lo extrañan y á la postre nos insultan y denigran?

Pero estas objeciones no valen la pena de tomarse en cuenta, ya que el señor Ceballos tiene la materia prima del crítico: su exacta comprensión de la belleza y su entusiasmo por ella.

Qué como el Lucio de Apuleyo, coma, pues, rosas aunque las arrebaté á las canéforas que las conduzcan para la Buena Diosa: sólo así volverá á su ser y estado tras el encantamento que lo subyuga.



## Un Poeta Descriptivo.

---

**S**ON pocos los fieles que en el país quedan de las doctrinas y procedimientos del maestro Altamirano: el grande hombre (así le llamo á boca llena) después de haber ejercido durante largos años indisputable hegemonía literaria, se halla ahora punto menos que olvidado, casi del todo desconocido. Y es que los tiempos no son propicios para el ejercicio de maestrázgos, ni cuadraría con la nueva dirección de los espíritus el admitir la tutela de quien se presentara armado del *indocti discant* á mostrar la manera de rendir tributo á la belleza.

Sin embargo, el autor de "Clemencia," amén de otros méritos, tuvo uno que en vano le disputarán los que pretendan elevar-

vase como él y ser vistos á igual altura; el mérito de sistematizar su enseñanza haciendo que sus discípulos "ataran su carro á una estrella," esto es que hicieran depender su fuerza de la consecución de un ideal grande y elevado. Ese ideal consistía para el Maestro en la creación de una literatura nacional que respondiera á los hondos misterios de raza, educación, hábitos, historia, clima y condiciones físicas de país; y tuvo por ello fieles y decididos partidarios y detractores enconados. Acertado ó falso el sistema del Maestro, (que tal cosa no se puede averiguar por el momento) no cabe duda que produjo resultados inmejorables, pues pocas veces se había visto en México un florecimiento literario tan espontáneo como el que marcó el decenio del ochenta y cinco al noventa y cinco. Poetas como Fernández Granados y Bustillos, novelistas como de Campo y Alba, críticos como Peña y Rivera é investigadores como González Obregón, demostraron palpablemente que el movimiento artístico, que en nuestro país se produce en periodos de treinta años, había tenido una manifestación más que respondía al desarrollo de un principio preconcebido. Hoy, apenas uno que otro provinciano bisoño y de seguro sus discípulos recuerdan al iniciador de aquella feliz revolución;

Que tales somos tornados,  
Que mentar los enterrados  
Es ultraje á los vivientes.

x

Miembro de esa falange es el gallardo escritor Juan B. Delgado, autor del poema "Natura," que en limpia edición acaba de salir á luz.

No es el nuevo poeta de los que se han colado en el templo del arte

Con llave falsa ó con violento insulto;

desde hace años dió á luz una bellísima colección de sonetos, "Juveniles," á que tuve la honra de hacer justicia en uno de esos artículos de periódico que afortunadamente desaparecen para no volverse á ver jamás, aunque se les busque por medio de exhortos despachados en debida forma. En ese escrito, si mal no recuerdo, sostenía que el camino del Señor Delgado se hallaba en la poesía descriptiva, para la cual, en mi concepto, manifestaba singulares dotes; y no me equivoqué al parecer, pues el poema que ahora examino es descriptivo y muy hermoso.

La poesía descriptiva, por su naturaleza misma, es lo más fácil y lo más complicado que puede acometer un versificador: nada más sencillo que hacer un inventario á estilo Delille en que se aglomeren sin discernimiento árboles, yerbas y plantas; nada más difícil que relacionar la naturaleza exterior con el alma del poeta y hacerla vibrar al unísono de los

pen-

pensamientos y los sentimientos que agiten á éste.

El señor Delgado no es uno de esos micrografistas que se preocupan por describir los ardores de la siesta mientras su alma permanece más helada que un carambano; ama la naturaleza, la estudia, la comprende y sabe sorprenderla en los momentos en que se entrega al observador que la busca con verdadero y hondo cariño.

Tiene, como lo tiene Othón, como lo tuvo nuestro malogrado Manuel M. González, el sentimiento del paisaje, la intuición de lo que da carácter y vida á un lugar.

Cierto que se trasparenta en su obra algo de énfasis, algo de afán de no dejar nada sin tocarlo, pero hay también legítima y verdadera poesía.

Los pastores del señor Delgado no son cortesanos que pulsen el caramillo y entonen endechas á Filis ó á Galatea, sino robustos hacheros que descenden la montaña

Su haz de leña a la espalda y corcovados;  
las reses que describe revelan  
en sus salvajes expresiones francas  
su instinto pasional;

no son la vaca Musette ni el toro Panurgo,  
que como animales de *utilería* engordaban  
en Montreuil.

La descripción del orto, la de la siesta,  
la

la de la caída de la tarde, son magistrales: el sol, que como protagonista del poema esparce su lumbre vivificando la lujuriosa naturaleza costeña, es un sol de veras y no un sol de cartón, de los que tantos han relucido en poemas descriptivos de una naturaleza americana falsificada, de una naturaleza americana que tiene hoja.

Algo habría, sin escrúpulo ninguno, cercenado del poema: el título, que recuerda los tiempos en que á Dios se llamaba el Ser Supremo, á los padres los autores de la existencia y á los cónyuges los compañeros de la vida; y la introducción, en que se lanzan pestes contra las ciudades, donde se dice que reinan siempre

el engaño, la miseria  
que ostenta lujo, el mundanal bullicio.

Esas invectivas ya pasaron de moda, como que datan de los tiempos en que se tenía como lo más tónico y fino ser persona sensible, entusiasmarse ante la *Vuelta de la nodriza* de Greuze y sufrir desmayos al leer la *Julia* ó la *Nueva Eloísa*. Claro que las ciudades tienen sus defectos y que hay en ellas quien se despeñe

A la sima miasmática del vicio;  
pero en el poblado sobran almas buenas y hermosas que aman y practican la virtud y en el campo no escasean los pícaros y los rufianes. Sobre todo, cuando en la obra abundan los rasgos originales, no

había para qué ocurrir á esas vejeces, más gastadas que las coronas y los cetros que la compañía de Angulo el Malo llevaba para representar el auto de los Cortes de la Muerte.

El poeta ha entrado de lleno en una senda excelente: mencionar las cosas de la tierra por sus nombres indígenas sin buscarles equivalentes europeos que no tienen. Más de cincuenta años hace que el gran Bello, en su oda *A la agricultura de la zona torrida*, empleó idéntico procedimiento, apenas seguido ahora en verso —que en prosa existen de ello ejemplos concluyentes.

Quizás esta que parece innovación espante á los que no han pasado del *ortolan* y el *rottelet* é ignoran al *cuíllaçoche* y á la *conguíta*; pero también el maestro de ceremonias de Versalles, cuando vió entrar á Mr. Roland, recién nombrado ministro, con zapatones y traje burgués, se llevó las manos á la cabeza exclamando que el mundo se venía abajo. Y ya vemos que el mundo continúa girando en sus ejes diamantinos sin dársele una higa de estas cosas.



## INDICE.

Prólogo.....	VII
Los modernistas mexicanos.....	
Carta á D. Francisco M. de Olayuibel.....	1
Primera carta á D. Amado Nervo.....	13
Carta á don Jesús E. Valenzuela.....	21
Segunda carta á D. Amado Nervo.....	31
"Místicas".....	43
"La Parcela".....	51
x x x.....	59
x x x.....	63
"Suprema Ley".....	69
Don Antonio de la Peña y Reyes.....	75
Don Rafael Delgado.....	79
Don Carlos Díaz Dufóo.....	89
Un Crítico Novelista.....	93
Un Poeta Descriptivo.....	101